



ZOFIA NAŁKOWSKA

Medallones

Traducción de Bożena Zaboklicka y Francesc Miratvilles, Minúscula, Barcelona, 91 pp. ISBN 978-84-95587-50-3 (Medaliony, 1946)

Al cabo de los años, después de los testimonios históricos o ficticios que se han sucedido desde el Holocausto hasta nuestros días, podríamos afirmar que no hay nada nuevo que pueda añadirse a lo que ya sabemos (o a lo que ya sabe quienquiera que haya querido saber). Podría decirse, famosamente, que no hay nada nuevo bajo el sol. El espectador de *Shoah*, de Claude Lanzmann, o el lector de los relatos de Tadeus Borowski, ya están al corriente de los hechos que ven la luz en los *Medallones*, ahora traducidos al castellano, de Zofia Nałkowska. El espectador de la película volverá a recordar la fachada del palacio de Chełmno en, que no delata los crímenes de los que sus muros fueron testigos, como en ‘El hombre es fuerte’; el lector de *Nuestro hogar es Auschwitz* volverá a pensar en la desesperanzada cotidianidad con que transcurría la vida, en el mejor de los casos, de los prisioneros del mayor campo de concentración y exterminio del Tercer Reich, como en ‘Adultos y niños en Oświęcim’. Resulta estremecedor, en efecto, que el cine o la literatura, con toda la frenética búsqueda de libertad formal que ha caracterizado el arte del siglo XX, hayan servido de vehículos en historias que impiden que la imaginación (¿algo más puede guiar a los espectadores o lectores que no hayan estado en contacto con aquellos atroces aconteci-

mientos?) se libere de la cadena de horrores en que consistió el Holocausto. Cabe la sospecha, así, de que el cine o la literatura no puedan volver a ser los mismos, de que el arte mismo haya quedado transfigurado una vez puesto al servicio de esas voces supervivientes a las que no podemos dejar de prestar atención (¿y qué otra cosa se les podría “pestar” después de saber que las víctimas desesperaron de obtener ayuda alguna salvo para morir, como en ‘Junto a la vía del tren’, en medio del sufrimiento extremo?). Cabe la sospecha de que el cine o la literatura no vuelvan a ser los mismos, pero también la esperanza — que en este caso trasciende la cuestión formal— de que vuelvan a ser lo que una vez fueron, de que vuelvan a contar las historias de la humanidad como si se trataran, al fin y al cabo, de lo único que siempre ha valido la pena recordar. El arte vivo ha sido en toda época fruto de la necesidad, a sabiendas de que el arte no era una de las necesidades por las que se nutría la vida. Que esa necesidad del arte no haya sido dictada por los mismos términos que las necesidades inmediatamente reconocibles de la existencia podría arrojar sobre sus producciones la sombra de otra sospecha que tal vez pueda disipar la fina y férrea labor de los creadores del arte posterior al Holocausto. En efecto, como hemos dicho, la falta de novedad es inherente a los *Medallones* de Zofia Nałkowska, pero no hay que olvidar que esa consideración no habría tenido peso alguno en la voluntad de forjarlos. Por el contrario, el hecho de que ya conozcamos el mundo o “submundo” donde sus efigies se presentan vuelve aún más contundente el testimonio que aportan. Entendemos al instante aquí hay algo que, sin ser nuevo, no ha de ser olvidado, que nos habla de otros seres humanos como podría hablarnos de nosotros mismos, que proporciona, en suma una lección de experiencia deliberadamente truncada e indeleble, que condensa en los detalles enormes magnitudes y que devuelve a las personas la titularidad de su valor. A diferencia de las monedas, no hay dos medallones iguales, aunque no haya nada nuevo bajo el sol.

Javier Alcoriza